



CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Fray Cipriano de Utrera, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi y Dr. Vetilio Alfau Durán

Año XXII

Ciudad Trujillo, República Dominicana Mayo-Junio de 1954

Núm. 99

Manuel Arturo Peña Batlle (*)

Por EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Si la muerte de un amigo, de un ciudadano cualquiera, es siempre dolorosa, la desaparición de un personaje ilustre que apenas llegue a la madurez plena, es más que un dolor: es una aflicción angustiosa en que, por encima del sentimiento personal, hay algo así como un sentimiento de dolor patrio.

La muerte de Manuel Arturo Peña Batlle ha provocado, junto a la más honda consternación del espíritu de sus admiradores y amigos, un dolor patrio.

Porque él encarnaba en nuestros días el prototipo del intelectual necesario en cada generación; como

lo fué José Gabriel García cuando, titánicamente, se dió a la empresa de forjar, en el yunque de su desvelado patriotismo, la Historia de la Nación Dominicana; y como lo fué Emiliano Tejera al enfrentarse, una y otra vez, a las diluvianas avenidas de los problemas nacionales.

Mente reflexiva como pocas, con sobresaliente vocación de jurista y de sociólogo; espíritu formado en el severo estudio del derecho, de las letras y de la historia, particularmente en lo atinente a su Patria,

(*) Fué elegido Miembro Correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia el 27 de octubre de 1935; y de Número el 21 de enero de 1943, para ocupar la silla G, vacante por el fallecimiento del licenciado don Manuel Ubaldo Gómez, académico fundador, siendo recibido en sesión pública y solemne el día 20 de noviembre de 1949.

El académico Peña Batlle vió la primera luz en la villa extramural de San Carlos Borromeo, el día 26 de febrero de 1902, siendo hijo legítimo del Lic. Buenaventura Peña Cifré y de doña Juana Batlle y Rojas de Peña.

Se graduó de Licenciado en Derecho en la Universidad de Santo Domingo el 20 de abril de 1923; fué nombrado Catedrático Numerario de ella el 15 de agosto de 1941, y tuvo a su cargo la enseñanza del Derecho Internacional Público.

Como político ocupó diversos cargos públicos. En la función ejecutiva fué Secretario de Estado de lo Interior y Policía, de Economía Nacional y de Relaciones Exteriores, cartera esta última que tuvo a su cargo repetidas veces. En el servicio diplomático fué Consejero Jurídico de la Legación en Haití, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario y actuó como Delegado en varias conferencias internacionales. Presidió la Comisión Delimitadora de nuestra frontera con Haití, asunto que estudió en todos sus trascendentales aspectos y en el cual llegó a ser autoridad indiscutible. En la función legislativa fué diputado a la Cámara Baja y ocupó su presidencia. Presidió la Comisión de Fomento y al instalarse el Instituto Trujilliano, el 24 de octubre de 1952, fué elegido su presidente. Fundó la *Revista Dominicana de Derecho Internacional*, perteneció al consejo de dirección de *Claridad* y de *Renovación*, y dió a la estampa en forma de libros las siguientes obras:

Por las piedras ilustres, 1925; *El Descubrimiento de América y sus vinculaciones con la política internacional de la época*, 1931; *Enriquillo o el gérmen de la teoría moderna del derecho de gentes*, 1937; *Las devastaciones de 1165 y 1606*, 1938; *Transformaciones del pensamiento político*, 1942; *Contribución a una campaña*, 1942; *El sentido de una política*, 1943; *Colección Trujillo*, 1944 (19 vols.); *La Constitución de San Cristóbal*, 1944; *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*, 1946, (T. I); *La rebelión del Bahoruco*, 1948; *La Patria Nueva*, 1948; *La isla de La Tortuga*, 1951; y *El Tratado de Basilea*, 1952.

Su partida de bautismo es la siguiente:

MANUEL ARTURO En esta Parroquia de San Carlos, el primer día del mes de Enero del año mil novecientos tres, Yo el infrascrito Cura interino de Ella, bauticé solemnemente a Manuel Arturo, que nació en esta feligresía el día veintiseis de Febrero del año mil novecientos dos, hijo legítimo de Buenaventura Peña hijo y Juana Batlle. Fueron sus padrinos: Pedro Molina y Carmen Peña, a quienes advertí el parentesco y obligaciones.— Doy fé: *Alfredo Mieses*.

Archivo Eclesiástico de Santo Domingo. Estante B, Cajón 68, Legajo 6. Sancarlos, Libro XIX de Bautismos, p. 503.

Su prematura muerte, ocurrida el 15 de abril último después de haber recibido los Santos Sacramentos de la Iglesia, aunque hacía largos meses que era angustiosamente esperada, causó una conmoción de dolor tan resaltante en todos los sectores ambientales del país, que el duelo oficial justicieramente decretado por el Excelentísimo Señor Presidente de la República, se elevó a un ostensible duelo nacional.— (V. A. D.)

Peña Batlle fué, desde su mocedad, el joven en que florecían las mejores dotes para alcanzar los más altos sitios, en lo político y en lo intelectual, en la generación dominicana del 1900. Su brillante participación en la campaña nacionalista de 1923 y en la cuestión fronteriza dominico-haitiana, cuando apenas salía de la adolescencia, es testimonio de la capacidad y del patriotismo de que dió muestras desde entonces.

Como ensayista, sin duda el más notable entre nosotros, en los últimos años, deja libros tan importantes como *La Isla de la Tortuga* y *La cuestión fronteriza dominico-haitiana*. Como político desempeñó diversas Secretarías de Estado y fué legislador y diplomático: en todas esas altas funciones, ejercidas efi-

cientemente, reveló su extraordinaria aptitud en las cosas de Gobierno. Su talento, su limpidez de corazón y de conciencia, su libertad de pensamiento, su don de gentes, su atrayente personalidad, le convirtieron en uno de los mejores y más importantes colaboradores que el Generalísimo Trujillo ha tenido el acierto de llevar a su servicio.

La Academia Dominicana de la Historia le consagra, conmovida, a su ilustre Miembro de Número, Lic. Manuel Arturo Peña Batlle, esta enlutada edición de *Clio*

Su cara memoria no perecerá en la República. Vivirá por siempre en las letras dominicanas, en el devoto recuerdo de sus compatriotas, en el corazón de sus amigos.

M. A. Peña Batlle (*)

Por el Lic. V. DIAZ ORDÓÑEZ

Señor Rector,
Señores Académicos,
Señores Decanos y Profesores,
Señores Estudiantes:

La Academia Dominicana de la Historia comparece, profundamente apenada, en este solemne momento en que el Licenciado Manuel Arturo Peña Batlle, historiador eminente, académico esclarecido, profesor admirable, escritor de noble estilo y pensador en cuyas ideas se asociaron siempre armoniosamente la profundidad filosófica y la altura luminosa del bien y de la verdad, traspone los horizontes de esta vida.

El académico Peña Batlle vivió la historia, hizo historia, escribió historia y entra en ella con la misma indisminuible estatura con que cruzó los empinados senderos de la vida pública y con que pasó, llevando en el alma y en el pensamiento el pabellón cruzado, por los discutidos caminos de la vida internacional.

Sobre su cabeza de adolescente, en días aciagos en que los ojos de la Patria estuvieron llenos de lágrimas, los laureles austeros del patriotismo hallaron en su frente joven un bello marco de dignidad nacional; y su rara vez igualado alto y puro pensamiento político jamás descendió de su clara cumbre, a todo lo largo y en toda la amplitud de su vida ciudadana. Así lo encontramos en su colaboración leal e inmaculada, responsable y limpia, a la intensa y honda obra de gobierno que inspira y dirige el Generalísimo Trujillo

Molina. Tal es el paradigmático blasón político del ilustre desaparecido y ese es el varonil ejemplo que deja para los hombres de fe que vivimos en estos años de dinamismo y de total renovación de la Patria.

Manuel Arturo Peña Batlle: Tú eres de los buenos y "puesto que los buenos mueren, la muerte no puede ser un castigo". Tu acrisolada fe cristiana ha de iluminarte los caminos que conducen hasta el seno amoroso del Señor, y hasta los cuales no puede llegar la voz de los que quedamos, prendidos a tu ejemplo, en esta otra orilla esperando el turno que habrá de señalarnos el barquero inexorable.

Todas las lágrimas del mundo no bastarían para llenar el vacío de tu ausencia; ni las aguas de todos los diluvios podrían borrar tus huellas de hombre cabal sobre esta tierra que tanto amamos: no parece una caprichosa casualidad ni una simple coincidencia que tus restos mortales descendan a la madre tierra dominicana en los mismos días de este año de gracia de 1954 en que el mundo cristiano conmemora atribulado la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

La Academia Dominicana de la Historia, en cuyo seno deja tu ausencia negros crespones y enlutados recuerdos, une su duelo al de esta ilustre Universidad de Santo Domingo, al de las letras nacionales y al de la sociedad dominicana.

(*) Oración pronunciada en nombre de la Academia Dominicana de la Historia, en el Salón de Catedráticos de la Universidad de Santo Domingo, ante el cadáver del ilustre académico.

